
**ALGUNAS REFLEXIONES
SOBRE LA UNIVERSIDAD
DE AYER, DE HOY Y DE SIEMPRE**

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO 1993-1994
POR

RAFAEL PÉREZ ÁLVAREZ-OSSORIO

DIRECTOR DEL CENTRO DE ENSEÑANZA SUPERIOR
SAN PABLO - CEU

16 DE NOVIEMBRE DE 1993

FUNDACIÓN UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

Algunas reflexiones sobre la Universidad de ayer, de hoy y de siempre

Rafael Pérez Álvarez-Ossorio

Reflexionar, ante una audiencia como la que nos honra hoy, sobre un tema importante como es la Universidad, produce un cierto temor, cuando las únicas credenciales que pueden justificar el atrevimiento de abordarlo son medio siglo de vida dedicado a ella, con logros muy modestos pero, eso sí, con absoluta entrega y amor a las tareas que tan gran señora tiene encomendadas. Es indudable que los que cultivan la Filosofía, el Derecho o la Historia están mejor pertrechados para elevarse a los graves problemas que conciernen a la esencia y fines de la Universidad que el que se ha situado en el campo de una ciencia tan específica como la Química Orgánica; no obstante, este hecho es posible que predisponga a ustedes a la máxima benevolencia.

*Leí, hace pocos meses, en un largo y espléndido artículo de HUNTINGTON la frase siguiente: "**superado el de las ideologías el futuro se plantea como un conflicto de civilizaciones**". No sé si los politólogos estarán de acuerdo con la primera de estas afirmaciones, si el supuesto acabar del conflicto de las ideologías no es más que una pausa en el devenir histórico y aquél puede que llegue a renacer de nuevo con igual o mayor virulencia, aunque con nuevos pretextos y ropajes, pero la tesis que plantea Huntington es ciertamente sugestiva y creo que preocupante. Las civilizaciones actuales se nutren en sus aspectos ideológicos y formativos, en la definición de los perfiles humanos de aquellos que las hacen avanzar (y, por supuesto, a veces de los que pueden hundirlas) en las Universidades que ellas mismas en su momento crearon. Como corolario legítimo de esto, creo que si nos sentimos responsables de la supervivencia y el progreso de la civilización cristiana, si queremos que juegue un papel preponderante en el*

citado conflicto, contribuyendo a encauzarlo por vías de paz y convivencia, hemos de cuidar, de mimar al máximo sin escatimar esfuerzos la Universidad que se asienta en el humanismo cristiano. Y esta reflexión creo que es particularmente oportuna en este día en que la Fundación Universitaria San Pablo-CEU celebra la iniciación de un nuevo curso, la acogida de unos miles de alumnos más en sus diversos centros y en los distintos niveles educativos. Pero a las responsabilidades que la Fundación asume cada año frente a tantas familias se suma en este 1993-94 una nueva, tan esperada y tan esperanzadora, como es la iniciación de las tareas de la Universidad San Pablo-CEU. Por ello, los que estamos comprometidos en la labor educadora del CEU saludamos este nuevo curso con ese alegre y emocionado temblor, no exento de serena preocupación, con que se recibe un nuevo alumbramiento.

Los fines de la Universidad han sido definidos en múltiples ocasiones. Voces autorizadas y plumas insignes los han glosado en sus variados aspectos. A ello se ha sumado la literatura legal que periódicamente los define con algún que otro matiz que presume de ser diferencial para el legislador de turno. Pero todos, tratadistas y legisladores, están de acuerdo en que la Universidad:

- a) ha de conservar la ciencia mediante la enseñanza;*
- b) ha de hacer avanzar la ciencia mediante la investigación;*
- c) ha de hacer útil la ciencia a través de la formación de profesionales;*
- d) ha de difundir la ciencia por medio de su divulgación.*

Pero lo importante en cada caso concreto, es encontrar el equilibrio adecuado entre estos cuatro ingredientes; equilibrio que no tiene porqué ser el mismo en todos los casos aunque, es lógico pensar, que sus variaciones han de moverse siempre entre determinados límites. Pero aun suponiendo el acierto en la elección de los porcentajes de las cuatro actividades mencionadas (que incluso puede traducirse en cifras

presupuestarias) un aspecto que entraña no pocas dificultades es el ensamblaje entre las cuatro actividades, de forma que cada una de ellas vivifique a las demás, contribuya a orientarlas de manera que se llegue a realizaciones que repercutan en todas en un proceso de continua interpenetración.

Se ha dicho repetidas veces que la enseñanza universitaria no es tal si no va acompañada de la investigación y que el profesor universitario ha de ser un investigador, aunque sus logros en este campo del alumbramiento de nuevas verdades sean limitados porque ello depende, en alto grado, de circunstancias de tiempo, lugar, disponibilidades económicas, etc. Ningún profesor universitario niega esta verdad pero también es cierto que no son todos los que la viven con autenticidad. El riesgo de anquilosamiento, de enseñar como estáticos unos contenidos que son dinámicos, de conferir la impresión de que "aquello" está acabado y no la contraria de que todo lo que se enseña está por terminar, incompleto, y se conocerá mejor dentro de un año o de diez, es real en la Universidad y es y ha sido un mal muy extendido en la española. Este riesgo tiene su origen en el abandono de la práctica y del sentido de la investigación.

Hace muchos años manejé un buen texto de Química de cuyo prólogo recuerdo una frase que ha venido a mi mente en muchas ocasiones. Al referirse al trabajo del científico le aconsejaba que recordase que **"Dios se guarda siempre algunos secretos"**. Este consejo, que podría matizarse añadiendo: busca, avanza, inquiere que nunca llegarás al final, a aprehender el todo, creo que engarza perfectamente en la tradición cristiana, que nos enseña a anhelar la tierra prometida, cada vez más cercana si consideramos el camino andado, cada vez más lejana cuando el propio avanzar nos hace entrever metas aún más distantes. Me imagino que el progreso de la ciencia sigue una de esas curvas que se acercan asintóticamente a un eje sin llegar nunca a tocarlo aunque aproximándose de forma continuada a él. Ernest

Jünger sintetizaba bellamente la misma idea en un artículo reciente: **"sabemos que las copas de los árboles nunca llegarán a tocar el cielo"**.

Pero si el riesgo de que la enseñanza se desentienda de la investigación es real y grave, también lo es el contrario que llega a ser motivo de grave preocupación en los países más avanzados y que comienza a apuntar en España. No es aceptable que el profesor universitario se entusiasme hasta tal punto con la búsqueda de nuevos conocimientos que rechace o descuide sus obligaciones docentes que son primordiales. Si no disfruta con comunicar lo que sabe, con ir formando las mentes estudiantiles y desarrollando las capacidades de los que llegan a las aulas, la Universidad no es su sitio, aun cuando alcance metas muy elevadas en su labor investigadora.

Viene aquí a cuento comentar un enjundioso artículo de Derek Bok, Rector ya jubilado de la Universidad de Harvard, publicado recientemente en la revista *Facetas*. Se plantea Bok, la paradoja que supone que las Universidades estadounidenses son hoy día fuertemente criticadas en su país y, en cambio, muy admiradas y elogiadas fuera de él. ¿Cómo recuperar la confianza de su público? Concluye que es necesario que las Universidades revisen sus prioridades y las encaucen hacia metas de interés nacional. Después de asombrarse de que en épocas más revueltas, la Universidad gozaba de una mejor acogida en la sociedad, llega a la convicción de que ese malestar social se debe a que la gente no cree que la educación de los estudiantes sea hoy una meta prioritaria para la Universidad. Se preguntan los padres, ¿qué hacen los maestros para ayudar a que mi hijo piense con más claridad, para que sea un ser humano más moral, para que encuentre una vocación satisfactoria?

La frase anterior me lleva a subsanar un olvido imperdonable. A los cuatro fines de la Universidad mencionados hay que añadir un quinto que, para una Universidad cristiana, llega a tener una importancia primordial:

e) ha de formar íntegramente mujeres y hombres para la vida.

La frase que Bok pone en boca de los padres estadounidenses nos debe producir una seria preocupación. Los padres españoles podrían expresar una idea análoga en términos casi castizos diciendo que para ellos lo principal es que su hija, su hijo, al cabo de cuatro o cinco años con nosotros sea un ser humano cabal, como tiene que ser. Por tanto, la enseñanza y la educación tienen que ser objetivos prioritarios; el haber olvidado esto es la causa, según Bok, de la crisis de credibilidad que padece la Universidad en su país. Nos queda simplemente aprender esta lección.

Lo malo es, prosigue Bok, que los premios, el reconocimiento de los medios de comunicación y los ingresos adicionales no se consiguen con el trabajo diario con los estudiantes y dando una enseñanza ejemplar. El prestigio de la Universidad se fundamenta hoy en la investigación y con el afán de lograr este prestigio no se exige a los investigadores que dediquen más tiempo a la enseñanza. Cuando se trata de reclutar a una gran estrella, se le ofrece una carga ligera de docencia pero no un volumen pequeño de investigación. De esta forma no se mejoran los medios didácticos y no progresa la calidad de la enseñanza.

En nuestro país, el peligro que acabamos de apuntar no es todavía muy grave. Con mucha mayor frecuencia hemos caído en el contrario: la abundancia del profesor repetidor que gusta de acumular muchas clases y de rellenar el resto de su tiempo con ocupaciones burocráticas y tareas administrativas. Claro es que a ello le obligan, en muchos casos, exigencias económicas y normativas obsoletas que escapan a su voluntad.

Pero aun así, a veces le falta espíritu de sacrificio para dedicar tiempo, con frecuencia tiempo extra, a la dura tarea de preguntarse las causas y las razones, de arañar en las fronteras de lo aún desconocido, de desarrollar el instinto creador que lleva dentro. A veces he dicho (y perdóneseme la carga de exageración que hay en ello) que el mayor defecto que puede tener un profesor universitario es que no le guste dar clase y que sólo lo iguala otro gran defecto, que le guste dar demasiadas clases.

Decíamos que el peligro de una excesiva polarización hacia las tareas investigadoras con desprecio de las puramente docentes no es todavía notorio en nuestro país. Pero ya empieza a apuntar; al menos en las Facultades experimentales de las que tengo un conocimiento más directo. Se da ya en ellas el tipo de profesor joven, acuciado por la urgencia de acumular "papers", de conseguir contratos, que desprecian a los que cuidan, según él en exceso, la labor docente con una meticulosa preparación de seminarios y ejercicios y un exquisito cuidado en la elaboración e impartición de las clases. Como casi siempre, el legislador ha aportado su contribución incidiendo negativamente en el equilibrio de fines de la Universidad que venimos comentando. El proceso actual de selección de profesorado en las Universidades del Estado está dando muy malos resultados, lo que reconocen muchos miembros de la comunidad universitaria. En dicho proceso, como es sabido, no se prueba el conocimiento de la materia ni las dotes didácticas de los candidatos. Esperemos que las Universidades privadas no adopten los mismos o parecidos criterios.

No hemos de olvidar que en ese "cocktail" de fines que la Universidad tiene que cumplir, fines que, como ya hemos dicho, han de estar mezclados en las proporciones correctas y con la necesaria homogeneidad para que cada uno de ellos vivifique a los demás y sea potenciado por éstos, hay dos aún no comentados: la formación de profesionales y la difusión de la ciencia en la sociedad. Como decía un compañero en las últimas jornadas sobre Universidades privadas, no es deseable una Universidad en estado

puro sino implicada en la sociedad. Aparte de una minoría que se integrará en la Universidad y asegurará la continuidad de sus tareas, la mayoría de los juristas, economistas, periodistas, químicos y farmacéuticos que, en continuidad con la ya dilatada labor de los centros de la Fundación, están iniciando su formación en la Universidad San Pablo, van a ocupar los puestos más variados en una sociedad en cuyo desarrollo y evolución van a participar en forma activa. La Universidad tiene, pues, que cuidar los aspectos prácticos en la formación de los futuros profesionales sin caer en el riesgo de transformarse en una academia preparatoria con pérdida de su autenticidad. Es obvia, además, la necesidad de dedicar atención a las labores difusoras de extensión universitaria que, a veces, son las que más pronto repercuten en el reconocimiento social de la Universidad.

El equilibrio entre los distintos fines de la Universidad no es, por supuesto, algo estático que basta definir en los comienzos de su andadura. Es, como es lógico, un equilibrio dinámico, fácilmente desplazable hacia alguno de los fines o combinaciones de ellos por factores personales o por circunstancias externas o internas. Hay que considerar, además, los equilibrios derivados en los distintos Centros o Facultades y, consiguientemente, en los Departamentos, llegando por fin a los personales de cada profesor. Puede ser conveniente que el punto de equilibrio cambie con el tiempo y experimente modificaciones obligadas o aconsejadas por circunstancias políticas, económicas o sociales. De aquí la gran responsabilidad de los organismos directivos en el seguimiento de la marcha de una Universidad.

Es claro que lo que hemos llamado equilibrios personales de los profesores no han de alcanzar en todos los casos el mismo punto, la misma mezcla de las actividades investigadora, docente, formativa... Sería inútil y hasta perjudicial tratar de que así fuera. Pero admitiendo y aprovechando las excelentes cualidades docentes de tal profesor, el potencial investigador de tal otro, las aptitudes divulgadoras de un tercero, etc., se puede construir el

equilibrio adecuado en la Universidad. Pero me interesa subrayar la idea de que cualquiera que sea la labor en que se vuelque preferentemente cada profesor, debe estar mentalizado de que los cinco ingredientes mencionados han de informar, de manera integrada y en algún grado su trabajo. A veces hay que volver atrás y retomar una actividad abandonada durante un período. Prácticas como la de volver a explicar un curso elemental al cabo de unos años de no hacerlo porque la intensidad de la labor investigadora o el servicio a un cargo directivo lo han impedido, deben fomentarse en la vida universitaria. Las tareas de iniciación de los estudiantes de primer curso han de cuidarse con especial esmero y, es bueno, que los que tienen que dedicar la mayor parte de su tiempo y esfuerzo a atender las responsabilidades más altas del quehacer universitario, reserven una pequeña parcela de actividad para atenderlas.

Por supuesto, el equilibrio entre las distintas capacidades de un profesor cambia a lo largo de su vida. La juventud y la temprana madurez son propicias a los entusiasmos investigadores y quizás en ellas la pasión por la búsqueda se manifiesta como factor dominante. Con la madurez plena y los comienzos del decaer físico se acentúan los deseos de comunicación, de entrega de lo aprendido y hallado, lo que produce excelentes frutos en la labor docente. En cualquier caso, hay que concebir el curso como una obra de arte que hay que volver a hacer cada año, proyectando primero sus líneas maestras y desarrollándolas después a lo largo de los meses para valorar al final el resultado. El tema será siempre el mismo, pero las sucesivas réplicas han de tener sus propios matices porque cada año hay algo que añadir y algo que modificar. Es probable que siempre quedemos algo insatisfechos pero también estimulados a perfeccionar lo realizado.

Los primeros meses de vida universitaria deciden con frecuencia el triunfo, la mediocridad o el fracaso de la misma y el que se dé uno u otro resultado guarda, muchas veces, poca relación con la capacidad del estudiante. Este proviene de la enseñanza secundaria donde toda su labor

está precisamente regulada y ordenada. La adquisición de un mayor grado de libertad al llegar a la Universidad puede llegar a ser traumática y conducir a resultados poco satisfactorios. Los años de Universidad han de ser de crecimiento progresivo de la responsabilidad personal, de manera que se alcance un alto grado de ella al término de ellos. Por ello hay que evitar la secundarización de la enseñanza superior que estancaría al estudiante en una adolescencia protegida o al menos vacilante y también hay que evitar el recurso al anonimato, impedir que el estudiante se refugie en un pasar desapercibido en las últimas filas del aula, eludiendo toda participación y limitándose a un esfuerzo final descompensado para tratar de salvar el curso. De aquí el papel esencial del profesor como educador y la importancia de la institución de tutorías como ayuda esencial a la formación del universitario.

El papel fundamental del profesor en la vida universitaria nos lleva a referirnos a un conjunto de problemas, ampliamente debatido, que es el referente a la selección, formación y promoción del profesorado. El problema de la selección, que se plantea con matices exigentes y particulares a las Universidades que comienzan su andadura, es, en especial, grave ya que la oferta es escasa en determinadas ramas del saber que coinciden con las más demandadas por el estudiantado. Es, en particular, delicada la selección de los profesores del nivel más elevado que hayan de ser las cabezas de los Centros y Departamentos de la Universidad y hayan de desempeñar, eventualmente, sus cargos directivos. Es evidente que los seleccionados han de tener un cierto grado de identificación con el proyecto educativo de la Universidad, en el caso de las privadas, junto a elevadas cualidades docentes, investigadoras y educativas.

Aun a costa de ser reiterativo, insistiré en que estos "primeros espadas" han de ser auténticos investigadores, han de participar activamente en proyectos de investigación, han de estar convencidos de que seguir escudriñando los secretos de la naturaleza y de la sociedad, en servicio de ésta, es una obligación ineludible de la Universidad y, por tanto, de ellos

mismos. Esta convicción de que la investigación es una finalidad básica de la Universidad va acompañada de otra: la docencia universitaria es auténtica y viva cuando la investigación la informa.

Además ha de transmitir esta actitud investigadora a los profesores más jóvenes en una labor escrupulosa y paciente de formación de equipos. Y existen obstáculos, en la realidad diaria, para mantener vivo este espíritu investigador en los profesores universitarios de todos los niveles. En primer lugar un cierto grado de hipocresía o, al menos, de inautenticidad en la valoración social de la investigación. Recuerdo que hace muchos años, cuando la palabra investigación empezó a encontrar un lugar reiterado en los medios de comunicación con referencia particular a la investigación en Ciencias experimentales, llegó a pronunciarse con un tinte reverencial como algo sagrado y respetable en los más variados sectores sociales. Me decía en aquel entonces un destacado investigador que todo el mundo, empezando por las más altas autoridades de la nación, se colocaba en esa actitud de reverencia cuando la palabra investigación era pronunciada, pero casi nadie deducía las oportunas conclusiones en cuanto a las actitudes que debían adoptar y las contribuciones que habrían de aportar en consecuencia.

De este reconocimiento reverente que enmascara una incompreensión de fondo, tenemos también hoy día, muchas pruebas los universitarios y creo que influye en el abandono de la actitud de alerta, de la disponibilidad total para las tareas investigadoras de muchos de ellos. La perentoriedad con que se plantean el trabajo docente y las tareas administrativas son también causas que contribuyen, a veces, a una cierta dejadez en la labor investigadora que "espera siempre". Y esta "espera" que se origina en cada profesor, ocurre también en los equipos de ellos que constituyen los Departamentos y Centros y se corresponde con la "espera" de locales destinados a la investigación ya que los necesarios para las tareas docentes tienen siempre precedencia y, por último, con la "espera" de medios presupuestarios consumidos por necesidades más inmediatas.

Es necesario que los profesores que tienen a su cargo las más altas responsabilidades universitarias mantengan siempre una actitud vigilante ante esa incomprensión real, aunque con frecuencia inconfesada, de los sectores sociales de los que depende la vida de la Universidad. La vivencia en la actitud investigadora evitará que la Universidad se convierta en un "Instituto de tercera enseñanza" en el que sólo se imparta "ciencia hecha" y no se enseñe a "hacer ciencia".

La labor de selección tiene que ir acompañada de la formación de profesorado. No hay Universidad que merezca tal nombre sin un serio programa de formación de profesores que, en el caso ideal, no sólo sirva para subvenir a sus propias necesidades, sino que remedie también otras externas. Esta formación comienza por despertar una auténtica actitud universitaria en los estudiantes a lo largo de la carrera para detectar futuras vocaciones y fomentarlas. El estudiante, en sus primeros años, acepta los conocimientos fundamentales de las distintas disciplinas como verdades incuestionables. Después se abre paso en él la sospecha de que aquello no está acabado y es susceptible de modificación y perfeccionamiento; puede que entonces se despierte en él el deseo de contribuir al mismo. Al final de los estudios de licenciatura debe llegar a la conclusión humilde de que ignora mucho y no sólo él, sino la humanidad entera.

Es el momento de iniciar una tesis doctoral. Las disposiciones legales exigen hoy que un cierto porcentaje de los profesores de cada Universidad posea el título de Doctor; siempre he creído que la proporción exigida es exigua y que debería incrementarse ya que el período de doctorado es, para mí, un noviciado inexcusable para alcanzar el auténtico profesorado. No obstante, la Universidad debe aprovechar la colaboración de profesionales, sean o no doctores, cuyas aportaciones se benefician del inmediato contacto con la realidad. La experiencia con magistrados, fiscales, notarios, periodistas... en los centros de la Fundación es claramente positiva.

La formación de doctores es la tarea más genuina de una Universidad y todos los esfuerzos que el profesorado dedique a ella ha de serle reconocido en todos sus aspectos y consecuencias. Es bueno que vaya acompañada, al menos en muchos casos, de una preparación para la docencia en la que el futuro doctor se vaya introduciendo gradualmente, y deseo subrayar esta palabra gradualmente, es decir, muy poco a poco al principio e intensificando después la participación en las labores docentes.

Esta fase del Doctorado es crucial en la vida del universitario; es, por supuesto, una fase de especialización, de concentración en pocas y definidas tareas y, cabe el riesgo, por ello, de un cierto descuido en la formación general, que puede paliarse con la mencionada colaboración a la docencia. Son momentos en que hay que dar de lado toda superficialidad ya se realice un trabajo de biblioteca, de archivo, de laboratorio o de campo; son momentos de observación minuciosa, de lecturas reposadas y críticas, de esfuerzos de deducción sin apasionamientos ni tomas de posición previas, de aceptación de las orientaciones del director del trabajo sin renunciar a la propia iniciativa. Consiguientemente, la responsabilidad de los directores de tesis es muy grave: desengañar al superficial, dirigir aunque sin matar la iniciativa atajando dispersiones inútiles y propuestas descabelladas, evitar el deterioro de la formación general y, en fin, encauzar a los doctorandos según sus cualidades y carácter. Encontrará entre ellos desde el optimista excesivo que ve siempre confirmadas sus hipótesis en los menores y menos seguros indicios hasta el pesimista extremo, con frecuencia al borde del abandono.

Aunque hay consideraciones sobre la investigación, quizás las más fundamentales, que son aplicables a todas las ramas del saber, hay algunas que afectan con más especificidad a las Ciencias Experimentales. La primera, conocida y obvia, es que se trata de una tarea muy cara, que exige medios materiales muy costosos hasta el punto de que algunos temas sólo pueden abordarse a nivel nacional o, en ciertos casos, supranacional como ocurre en determinadas ramas de la Física. La segunda es que es

indispensable para la Universidad por razones que ya han surgido en esta exposición y, además, por otra muy clara: lo exige la ley. La tercera es que la investigación científica puede llegar a convertirse en muy rentable, aunque casi nunca a plazo corto. Así, en las Universidades de mayor grado de desarrollo, aunque quizás sólo en unas pocas estadounidenses y alemanas, la investigación científica es una gran fuente de ingresos que llega a constituir el mayor soporte material de la Universidad. En cambio, en las menos desarrolladas, quizás en todas las españolas y por supuesto en las privadas y más aún en sus comienzos, la investigación científica puede constituir una carga insostenible.

A las Universidades de nueva creación se les plantea, pues, una situación muy seria que requiere una atención profunda. Vaya por delante que la limitación, incluso la escasez de medios no debe ser pretexto para no investigar. También es cierto que hay que disponer de instrumental de elevado coste para conseguir resultados homologables con los de otros centros y para que no se resienta la formación investigadora de los docentes. Una parte de la solución del problema puede ser la selección de un campo concreto de investigación, en el que converjan especialistas de diferentes titulaciones. En base a dicha selección se adquirirían los equipamientos necesarios y se diseñarían los programas de Doctorado y, procediendo de arriba a abajo, las especialidades a establecer en las distintas carreras, procurando además la convergencia entre las mismas. Es decir, la investigación científica es imprescindible, es muy costosa y hay que evitar, valga la expresión, que lo sea todavía más. La concentración de esfuerzos en una determinada dirección puede ser una parte de la solución del complejo problema que plantea.

La interacción Universidad-sociedad, aún más necesaria para las Universidades privadas que para las estatales, debe proporcionar vías de solución al problema de la financiación de la investigación universitaria. Es claro que toda investigación universitaria constituye de por sí una prestación

a la sociedad: la posible utilidad a largo plazo de los resultados de la misma, la pequeña o grande aportación al acervo científico y la formación técnica y humana de los que la realizan justifican de sobra este aserto. Pero vamos a referirnos a prestaciones más inmediatas: las prestaciones solicitadas por la propia sociedad. El problema entraña ciertos peligros pues ninguna Universidad puede transformarse en un consultorio para resolver los problemas que le vayan planteando los distintos sectores sociales. No debe dispersar sus esfuerzos en demasía y dejar de lado las graves cuestiones que la ciencia plantea en cada momento histórico distraída en problemas menores, acosada quizás por la necesidad de supervivencia. Pero tampoco es aceptable una postura de indiferencia ante las solicitudes del medio en que la Universidad vive. Como siempre, hay que llegar a una situación de equilibrio, lo que exige una vigilancia constante por parte de los organismos que rigen la marcha de la Universidad.

He aquí un reto insoslayable para la Universidad privada: alcanzar un nivel de investigación que le permita estar al servicio de la sociedad para resolver problemas concretos, pero sin perder de vista su obligatoria participación en la investigación básica, estando atenta a los problemas que ésta tiene ante sí en cada momento histórico y aportando su colaboración a la solución de los mismos. Si renuncia a esto, traiciona su propia esencia que la exige no mirar sólo a lo inmediato y, entre otros males, se produciría el deterioro progresivo de la formación de sus investigadores y de la docencia que, para ser viva, ha de apoyarse sobre todo en la investigación básica.

Las anteriores observaciones enlazan con el problema de la promoción del profesorado. No nos referimos tanto a lo que se entiende habitualmente por este término, elevación a una categoría superior y aumento de remuneración. Estas serían algunas de las consecuencias del perfeccionamiento de los que enseñan, del cual la Universidad es responsable subsidiario a través de la aportación de medios de investigación

y de un programa de formación permanente. Todo ello implica el fomento de los encuentros con otros universitarios, la contratación temporal de especialistas, las estancias en centros extranjeros y demás prácticas conocidas que tanto benefician al profesorado joven. La promoción exige una escrupulosa valoración de méritos; los debidos a la investigación son bastante susceptibles de una apreciación objetiva, pero no han de ser los únicos a tener en cuenta. Una eficaz labor docente ha de ser también una exigencia para la promoción y, en suma, el equilibrio entre las distintas misiones encomendadas al profesor es, de nuevo, aquí pertinente.

Son muchos otros los problemas que podrían abordarse aquí y que están siendo estudiados en estos momentos en que la actividad universitaria de esta familia del CEU está dando un salto cualitativo: los concernientes a la selección y permanencia del alumnado, a las varias titulaciones y especialidades, los de extensión y proyección social de la Universidad, pero esta exposición ha de llegar a su fin.

Sin embargo, permítaseme, una vez más insistir en lo que es la diferencia fundamental entre la labor universitaria que viene realizando el CEU y la que se compromete a hacer al constituirse en Universidad: la investigación. Esta insistencia se va a concretar en unas breves consideraciones sobre la investigación como forjadora del carácter.

La investigación científica, muy en particular, la universitaria, es escuela de virtudes cívicas y humanas. Un equipo de investigación es, ante todo, un equipo donde todos trabajan para todos y lo importante es la labor de conjunto; donde la especialización de cada uno de sus miembros se utiliza en la solución de los problemas de los demás y el éxito en un trabajo es fruto de la intervención de muchas manos y muchas mentes. En suma, la investigación fomenta la virtud de la solidaridad.

El fracaso de un proyecto de trabajo, que aunque haya sido minuciosamente pensado no alcanza el resultado previsto o no confirma la hipótesis previa, es una lección de humildad que se transforma en acicate para nuevos intentos. La disciplina, factor indispensable para la actividad investigadora, es, a su vez, estimulada por ésta. La convivencia se constituye en exigencia para director y dirigidos. Como lo es la honestidad en la valoración de los logros y el reconocimiento de los fallos. La constancia no es siempre garantía de éxito pero sí condición indispensable para lograrlo.

La investigación forja el espíritu del universitario en la calma de los laboratorios, en el silencio de las bibliotecas y archivos y lo hace sin especiales alharacas, sin reclamar más derechos que aquellos que le permitan seguir trabajando. La investigación es una inquietud que vive en el sosiego.

Madrid, noviembre, 1993